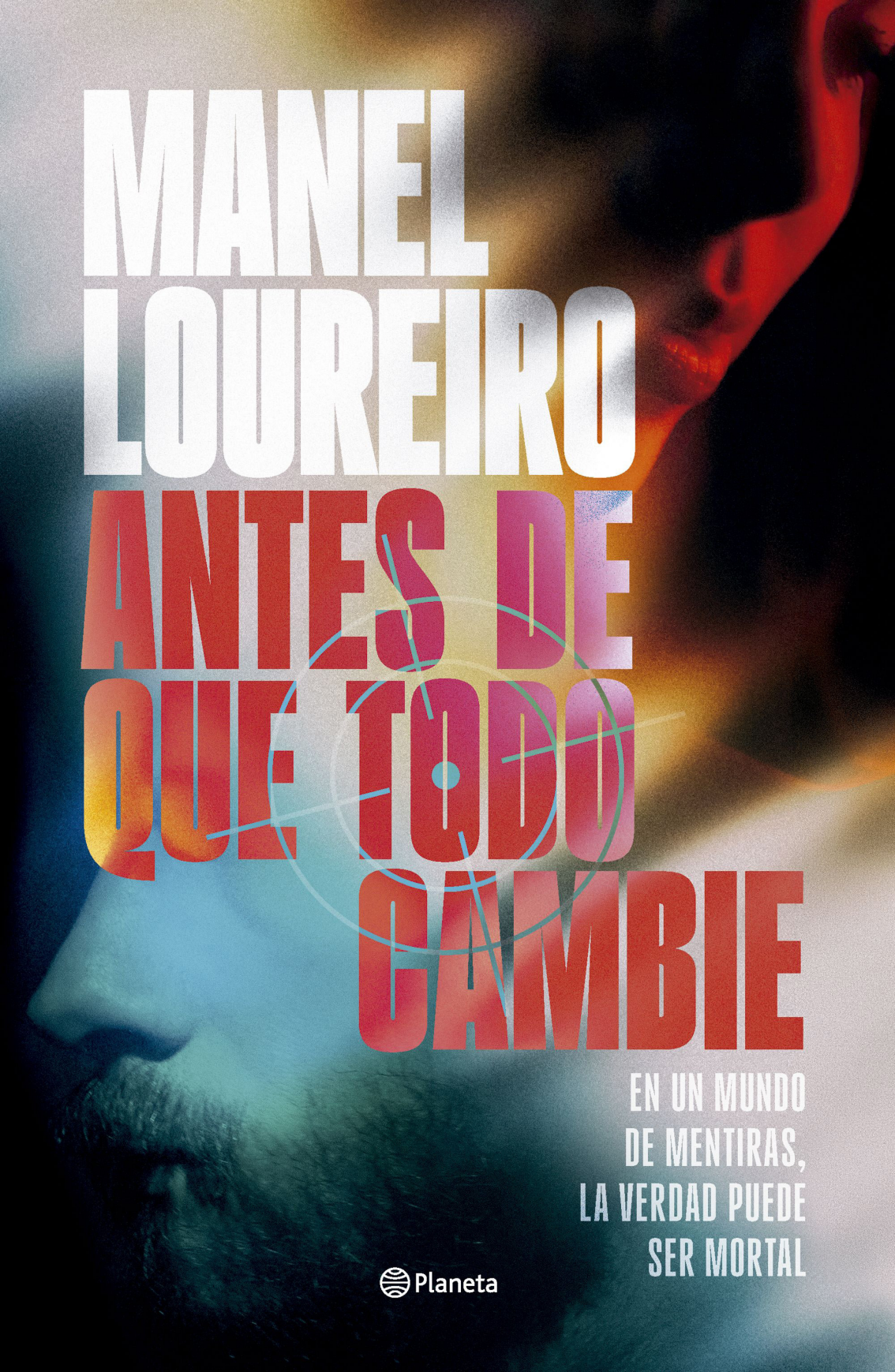




MANEL LOUREIRO ANTES DE QUE TODO CAMBIE

EN UN MUNDO
DE MENTIRAS,
LA VERDAD PUEDE
SER MORTAL

Manel Loureiro



Antes de que todo cambie

UNA VISITA INESPERADA

Barrio de Las Tablas (Madrid)

Dos minutos antes de que el coche entrase en aquella calle, las cámaras de seguridad instaladas en toda una manzana a la redonda dejaron de funcionar. Bancos, joyerías, bares, tiendas de ropa... hasta el último de los sistemas de seguridad se quedó clavado en una imagen que se repetía en bucle.

Todos. A la vez.

Más adelante los técnicos pasarían semanas perplejos, rascándose la cabeza mientras se preguntaban cómo podía haber sucedido algo así. Pero para entonces era demasiado tarde. Y ya no le importaba a casi nadie.

El vehículo, un BMW gris sin ningún rasgo destacable, se detuvo con suavidad en una de las plazas de aparcamiento. A aquella hora, casi las once, la actividad en aquel barrio residencial de las afueras de Madrid se había alejado como solo puede hacerlo en la víspera de un día laborable. Todas las tiendas estaban cerradas, y en el restaurante de la esquina, un par de fatigados camareros remoloneaban mientras recogían las mesas de la terraza. Tan solo el bar regentado por un matrimonio de inmigrantes chinos, con el castizo nombre de Casa Pacheco

brillando en su cartel, permanecía abierto, como una isla de luz en el creciente charco de oscuridad que las farolas disipaban de forma tenue.

Las puertas del BMW se abrieron y dos hombres se apearon. Tampoco ellos tenían nada que los hiciese memorables. Entre cuarenta y cincuenta años, no eran ni demasiado altos ni demasiado bajos, ni lucían ningún rasgo llamativo que más tarde alguien pudiese recordar. Sus trajes eran baratos, de esos que puedes comprar en cualquier cadena de ropa. Caminaban con calma, sin aspavientos ni miradas furtivas, con cierta pereza, del modo en que alguien recorre un camino habitual.

Pero aquello no tenía nada de habitual.

Uno de ellos apuró la última calada de un cigarrillo, exhaló el humo entre los dientes y arrojó la colilla a la acera, donde la apagó con un giro del tacón. Entonces se agachó, la recogió del suelo y la introdujo en su bolsillo con parsimonia. Ambos se miraron y cruzaron un leve asentimiento antes de cruzar la calle para sentarse en la única mesa que el bar tenía fuera.

Se pidieron dos cafés y se limitaron a esperar. El dueño del bar apenas prestó atención a aquellos clientes que no cruzaron una sola palabra entre sí mientras les servía. Era un local de última hora donde solían parar trabajadores de camino al turno de noche o que no tenían prisa por llegar a casa, un reducto de gente solitaria no muy dada a hacer amigos o a dar conversación.

Bebieron su café con calma, sin apartar la vista del edificio situado justo enfrente. De vez en cuando lanzaban miradas furtivas a la cuarta planta, en la que dos ventanas permanecían iluminadas. Por fin, tras quince minutos de espera, la ventana situada más a la izquierda se apagó.

—Ya es la hora —rompió por fin el silencio uno de ellos.

Solo obtuvo un gruñido por respuesta de su compañero.

—¿Eso qué significa?

—Que ya vamos, hombre —replicó el del gruñido, estirándose—. No se va a ir a ninguna parte.

Dejaron un puñado de monedas sobre la mesa y cruzaron la calle sin prisas. Sabían que las cámaras estaban desconectadas y que no quedaría ni el más mínimo rastro de su presencia allí.

Al llegar al portal del edificio se cruzaron con un vecino que sujetaba la correa de un nervioso yorkshire terrier. El animal olisqueó un instante la pernera de uno de los dos hombres antes de aventurarse en el mar de olores que su olfato canino adivinaba en el exterior. El dueño del perro, concentrado en su teléfono móvil, ni siquiera les prestó atención.

Nunca sabría que no levantar la mirada de la pantalla le acababa de salvar la vida.

Subieron al ascensor. Uno de ellos apretó el botón de la cuarta planta con el nudillo. Aquel botón tan manoseado jamás daría una impresión digital nítida, pero no eran del tipo de gente que corre riesgos innecesarios.

—¿Lo tienes todo claro? —murmuró el que llevaba la voz cantante, mientras la cabina subía traqueteando.

—Por supuesto. Tú procura no liarte mucho y salgamos de aquí cuanto antes.

El primero arqueó levemente una ceja, pero no dijo nada. El ascensor se detuvo en la planta con una sacudida y ambos salieron al rellano al que daban las puertas de tres pisos.

El que había hablado en primer lugar metió la mano

en el bolsillo y sacó dos trozos de cinta americana que pegó con rapidez en las mirillas de las casas vecinas. Mientras hacía eso, su compañero colocó una pequeña caja de plástico negro del tamaño de dos cajetillas de tabaco sobre el dintel de la puerta que les interesaba. Hacer todo eso les llevó menos de cuatro segundos.

Se miraron entre sí y asintieron de nuevo. Solo entonces presionaron el botón del timbre del piso «A». El zumbido monocorde rasgó el aire.

Por un momento no sucedió nada.

Al cabo de unos segundos oyeron unos pasos ligeros al otro lado de la puerta y adivinaron que alguien los observaba a través de la mirilla, antes de entornar la puerta unos centímetros, dejando a la vista la cadena de seguridad. Una chica de unos diecisiete años, delgada, vestida con unas mallas, sudadera y el pelo recogido en un moño, los escrutó desde la rendija con desconfianza.

—Buenas noches —saludó el primer hombre—. ¿Es usted Laia Gimferrer?

—Sí, soy yo —contestó la chica, confundida—. ¿Quiénes son ustedes?

—Soy el inspector Ortega, de la Policía Nacional, y este es mi compañero, el inspector Mendoza —se presentó el hombre, con una media sonrisa, mientras le mostraba una placa—. Necesitamos hablar con usted un minuto, por favor.

—Yo no vivo aquí y los dueños de la casa no están —replicó la joven, a la defensiva—. Han salido a cenar. Solo soy la canguro del niño.

—Precisamente por eso tenemos que hablar con usted. —Ortega levantó la placa y la acercó unos centímetros más a la cara de la joven—. Por favor, es urgente.

Laia observó la placa con desconcierto. No tenía forma

de saber que aquella identificación era falsa, ni que alguien la había confeccionado aquella misma mañana, en un taller tan rematadamente bueno que ni siquiera un inspector de verdad podría haberla distinguido de una auténtica. Aun así, no dio su brazo a torcer.

—¿De qué se trata? —insistió, sin abrir la puerta.

El que se había presentado como Mendoza suspiró, sacó un papel doblado de su bolsillo y se lo tendió a la muchacha.

—Tenemos una orden judicial de registro —dijo, mientras le pasaba el documento por el hueco entreabierto—. Esto no tiene nada que ver con usted.

Laia cogió la orden, cada vez más desconcertada. El documento venía firmado y sellado por un juez inexistente, pero ella tampoco podía saberlo.

—Mire, entiendo que es tarde y que le pillas de sorpresa, pero tenemos dos maneras de hacer esto. —Mendoza apretó el cepo, con suavidad pero con firmeza—. Por las buenas, nos deja entrar. Y por las malas..., bueno, la tendremos que detener por resistencia a la autoridad. Usted elige.

La joven parpadeó un par de veces y finalmente asintió.

—Denme un segundo —dijo, mientras cerraba la puerta.

Los dos hombres escucharon cómo liberaba la cadena de seguridad y por fin les franqueaba el paso al domicilio. Uno de ellos disimuló a duras penas un suspiro de alivio.

—Por favor, no hagan ruido —susurró—. El niño se acaba de dormir y le cuesta mucho coger el sueño cuando no están sus padres.

—Le prometo que no se enterará —replicó Ortega,

con la misma media sonrisa de un rato antes—. Gracias por su colaboración.

Entraron en el salón. Desde la pantalla de la tele, la mirada concentrada de Leonardo DiCaprio a bordo del *Titanic* los observaba por encima de una libreta de dibujo, congelada en el punto donde Laia había parado la película que estaba viendo cuando llamaron a la puerta.

—¿Quieren tomar algo? —balbuceó nerviosa—. Puedo ofrecerles un café o agua o...

—No es necesario, gracias. —Mendoza le señaló el sofá—. Siéntese, por favor.

Casi todo el mundo tiene un reflejo adquirido de respeto a la autoridad y Laia no era una excepción. Como si fuese un cachorro obediente, se sentó en el borde del sofá, con las manos entrelazadas, sin quitarles ojo.

—¿Me pueden explicar qué sucede? Ya les he dicho que yo solo soy la niñera y que...

—Sí, sí, eso ya lo sabemos —la interrumpió Ortega, mientras tomaba asiento.

Su compañero caminaba lentamente por el salón, fijándose en las fotos familiares que mostraban a una pareja sonriente con un niño de unos seis años.

—Este es el hijo, ¿verdad?

—Sí, está dormido y... —Laia meneó la cabeza, como tratando de aclarar sus ideas—. ¿Es por sus padres? ¿Les ha pasado algo?

—Me temo que así es. —El rostro de Ortega se contrajo en una mueca afligida, la de alguien que tiene que dar una mala noticia—. El matrimonio Hoyos... se ha esfumado.

—¿Esfumado? ¿Qué quiere decir?

—Sospechamos que se han dado a la fuga. —Ortega se encogió de hombros—. Sabían que estaban a punto de ser detenidos.

—Eso es imposible. —Laia frunció el ceño y negó con la cabeza—. ¿Por qué iban a detenerlos?... Y jamás se irían a ninguna parte sin Iván, quieren a ese niño más que a su propia vida. Tiene que tratarse de un error.

—Me temo que no es un error —insistió Ortega—. Las pruebas son claras, Laia.

—¿Las pruebas de qué? ¿Qué es lo que han hecho?

—¿Le importa si uso el baño? —interrumpió Mendoza, de forma abrupta—. Llevo sin mear desde hace horas.

—Sí, claro —contestó la muchacha, totalmente sobrepasada por la situación—. Es la última puerta a la derecha, frente a la habitación de Iván.

—Gracias.

—A los señores Hoyos se los acusa de tráfico de drogas y blanqueo de dinero —retomó Ortega la conversación, como si no los hubiesen interrumpido—. Tenemos motivos para pensar que ambos lideran una red que se extiende por amplias zonas del sur de la capital. ¿Sabe usted algo de eso?

—¿Qué? Yo no... —tartamudeó Laia, como atrapada en una pesadilla—. Eso es imposible.

—Pues es así.

—¡Déjeme llamarlos por teléfono! —exclamó la joven mientras se ponía en pie, con el brillo en los ojos del viajero extraviado que ha encontrado la salida a un laberinto difícil—. ¡Seguro que es mejor que lo hablen con ellos!

—Como quiera. —Ortega se encogió de hombros—. No creo que valga para nada, pero puede intentarlo.

Laia desbloqueó su móvil. En la pantalla, la foto sonriente de la joven junto a su novio desapareció y dio paso a la agenda, mientras sus dedos volaban. Seleccionó el número de la madre de Iván y se llevó el terminal a la oreja.

Transcurrieron los segundos y su expresión confiada se vio sustituida por otra de desconcierto.

—No contesta —musitó con desazón—. Quiero decir, no da línea. Es como si lo tuviese apagado. Quizá él tenga cobertura.

Laia deslizó la lista de números en busca del siguiente. Podría haber marcado todos los contactos que tenía en su terminal y el resultado habría sido el mismo. No tenía forma de saber que sus visitantes habían colocado un potente inhibidor de señal sobre la puerta del domicilio y en aquel momento nadie en el edificio tenía cobertura.

—Tampoco contesta. —Sonó derrotada—. No sé qué más puedo...

—Laia.

La voz de Mendoza sonó a su espalda y la muchacha se giró hacia él, todavía con el teléfono en la mano. Fue lo último que hizo.

Su mente registró en apenas una décima de segundo cómo el inspector la apuntaba con una pistola con silenciador. La incredulidad y el desconcierto se mezclaron en un parpadeo de postrera lucidez, con el convencimiento de que estaba a punto de morir y que ninguno de los planes que había hecho para su vida iba a llevarse a cabo. Y una ola de terror la anegó.

Sonó un estampido apagado, más parecido al estallido de un globo que al siseo casi inaudible que hacen los silenciadores en las películas. En la frente de Laia apareció un punto rojo con los bordes chamuscados, pero el agujero de salida, por el hueso occipital, explotó en una erupción de sangre y materia gris. Una solitaria mancha de masa encefálica salpicó el rostro hierático de DiCaprio en la pantalla. Laia salió despedida de espaldas contra el respaldo del

sofá, como si le hubiesen propinado una patada salvaje y la muerte llegó, piadosa, casi instantánea.

Aun así, Mendoza apretó el gatillo por segunda vez, a bocajarro. En esta ocasión, apuntó a la altura de su corazón. Un agujero rojo se abrió en su pecho y el cuerpo de Laia, ya sin vida, se estremeció por última vez.

Todo terminó en cinco segundos. Rápido y eficaz. Una ejecución de libro.

—¡Joder, sí que has tardado! —gruñó Ortega, enfadado, mientras se apartaba con cuidado del cuerpo sin vida de la muchacha—. Ya no se me ocurría qué más decir para mantenerla entretenida.

Mendoza se encogió de hombros por toda respuesta y desmontó el silenciador acoplado a la boca de su pistola. Si sentía alguna clase de remordimiento por haber asesinado a sangre fría a una chica inocente, desde luego no se le notaba. Lo cierto es que si alguien se lo hubiese preguntado, se habría quedado perplejo. Al fin y al cabo, aquel era su trabajo.

Ambos hombres guardaron silencio durante un rato, atentos a los sonidos del edificio, pero todo se mantenía en calma. Era poco probable que el ruido de los dos disparos con silenciador se hubiese oído al otro lado de la puerta, pero era mejor prevenir que lamentar. Al cabo de un momento se relajaron de forma visible.

—¿Y el niño?

—Está dormido en la habitación, como dijo ella. —Señaló al cuerpo sin vida de Laia con el cañón de su arma.

—Acabemos con esto de una vez —musitó Ortega—. Ya llevamos aquí demasiado tiempo.

—El que se lio a contar chorradas fuiste tú, no yo.

—La próxima vez te encargas tú, si lo prefieres —zumbó Ortega—. Revisa todo a fondo, no vaya a ser que tuvie-

sen alguna cámara oculta para grabar a la niñera mientras ellos no estaban.

—Pensaba que todas las cámaras estaban fuera de combate. —Mendoza le miró con asombro—. No me jodas.

—Solo las que están conectadas a la red —contestó Ortega, alejándose por el pasillo—. A saber si tienen alguna de esas porquerías chinas con tarjeta de memoria. No te dejes ni una esquina sin comprobar.

Mientras su compañero revisaba el salón de forma meticulosa, Ortega llegó a la habitación del final del corredor. Empujó la puerta entornada y desde el vano contempló la imagen por un segundo. La habitación infantil estaba adornada con pósteres de la Patrulla Canina y salpicada de juguetes caídos aquí y allá. Una lámpara en la esquina esparcía una luz tenue, casi inapreciable, que lo mantenía todo en penumbra.

Sobre la cama, atestada de peluches, dormía el pequeño Iván Hoyos, ajeno al drama que había sucedido a pocos metros. Estaba desmadejado boca arriba sobre el lecho, en esa pose relajada y un tanto extraña que solo los niños pequeños pueden adoptar. A Ortega le dio la sensación de que el crío había caído de una sexta planta.

Sin hacer ruido, entró en la habitación y se acercó a la ventana, apartó la cortina de caballitos de colores y espío hacia el exterior. La calle seguía desierta, excepto por el propietario chino del bar de enfrente, que estaba bajando la verja de su negocio sin ningún tipo de delicadeza. La reja encajó en su cierre con un chasquido que resonó como una detonación, el hombre giró la llave y, tras tirar una bolsa en el contenedor de basuras, se alejó caminando.

El pequeño chasqueó la lengua y se removió en sueños, perturbado por aquel ruido, luego soltó un suspiro en su duermevela infantil y retomó sus sueños. Ortega lo

miró tenso y luego volvió su atención a la calle y permaneció allí hasta que el del bar dobló la esquina. La ciudad, o al menos aquella parte, dormía confiada.

El hombre se puso unos guantes de látex.

Se acercó a la cama del niño y durante un rato interminable lo admiró, absorto en los rasgos redondeados y tiernos del crío, parecidos a los de un querubín de Rubens. Entonces cogió un almohadón de los que rodeaban la cabecera del lecho, lo sopesó durante unos segundos entre sus manos y lo descartó. Había otro a su lado, más grande y compacto. Ese sería perfecto.

Sin un pestañeo, sin el menor asomo de duda, presionó el cojín contra la cabeza de Iván y apoyó todo su peso sobre él.

Al principio no sucedió nada, pero luego oyó un gemido ahogado desde el otro lado del almohadón. El hombre no aflojó ni una pulgada. El niño empezó a sacudirse de manera descontrolada, lanzando débiles zarpazos de gatiso, intentando liberar aquella presión sobre su cara, pero no tenía la menor posibilidad contra los noventa kilos y la fuerza de un adulto. El gemido se convirtió en un estertor apagado hasta que dejó de oírse, y los movimientos se detuvieron por completo.

El sicario continuó apretando el cojín sobre la cara del pequeño durante un minuto más. No se podía dejar nada al azar. Al fin, lo levantó y contempló su trabajo.

El pequeño tenía los ojos muy abiertos y un rictus de sorpresa en el rostro, pero no quedaba ni un hálito de vida en su cuerpo.

Ortega miró su reloj y maldijo por lo bajo. Apenas les quedaban diez minutos antes de que las cámaras del barrio volviesen a estar activas. Sin dudar un segundo, arrancó una de las mantas que se arrebujaban al pie de la cama

y envolvió con ella el cuerpo sin vida. Antes de echárselo al hombro, le cerró los ojos. Si no se prestaba atención, parecía un niño agotado que dormitaba en brazos de un adulto. Además, tan solo tenían que salir del edificio.

Con su carga macabra al hombro, volvió al salón. Su compañero había terminado su registro meticuloso sin encontrar nada de interés. El cuerpo de la canguro seguía donde había caído y el charco de sangre, de un color rojo intenso, remedaba una corona de muerte alrededor de su cabeza.

—¿Estamos?

—Estamos.

—Pues vámonos de aquí de una puta vez.

Mendoza salió al descansillo y comprobó que todo estaba en calma. Le hizo una seña a Ortega, que salió con el cuerpo del crío y se metió en el ascensor. Su compañero cerró la puerta con suavidad y esperó a que se apagasen las luces del rellano para retirar el inhibidor de señal colocado sobre la puerta y las tiras de cinta que tapaban las mirillas de los vecinos. No quedaba el menor rastro de su presencia allí; nada, excepto una adolescente asesinada.

Salieron a la calle, caminando con calma, sin prisas. Mendoza envolvía el cuerpo del niño con sus brazos con suavidad, como si tratase de evitar que se despertase. De haberlos visto alguien, cosa que no sucedió, nadie habría apreciado nada extraño.

Con un gruñido de motor, el BMW se alejó de aquel barrio, sus luces se perdieron en la lejanía.

Cuatro minutos más tarde, las cámaras de la manzana cobraron vida de nuevo. Nadie descubriría que faltaba un buen trozo de grabación hasta el día siguiente, pero entonces ya sería demasiado tarde.

Quince minutos después, la moto de reparto de una

pizzería se detuvo frente al portal. El repartidor apretó el timbre del piso cuarto, letra «A», durante un buen rato, pero la persona que había encargado aquella pizza yacía muerta en el suelo del salón. Maldiciendo, el motero se fue, gruñendo por lo bajo por la falta de seriedad de la gente. Si hubiese llegado veinte minutos antes, las cosas podrían haber sido distintas. Quién sabe. Poco probable, pero quizá.

En todo caso, también era demasiado tarde.

A la mañana siguiente, cuando empezaba a clarear el día y Madrid volvía a bramar, los operarios de mantenimiento de un parque situado a varios kilómetros de distancia encontraron el cuerpo desnudo y sin vida de un niño, arrojado como un fardo de ropa vieja en un terraplén. Pegada en el pecho, una cartulina del tamaño de un naípe con tres puntos rojos formando un triángulo invertido con un aspa entre ellos. Los horrorizados jardineros no tenían ni la menor idea de qué podía significar aquello, ni tampoco los sanitarios y la policía que llegaron a los pocos minutos, tras su llamada.

Mucho más tarde descubrirían de qué iba todo. Nadie sospechaba entonces que aquel drama sería el inicio de una tragedia aún mayor. Una de consecuencias inimaginables.

Pero entonces también sería demasiado tarde.